

## La filosofía, una promesa de viajero Semblanza de José Jara

Desde hace ya unos días algunos de nosotros despertamos más solos que antes y se nos hace más difícil seguir sosteniendo lo que José Jara denominaba el *êthos* de la promesa, aquel que nos permite caminar sobre el hilo de la ficción hacia unos hechos futuros que aún no existen, pero que nos representamos como verdaderos. Se nos ha ido el amigo, el profesor, el filósofo, nuestro Pepe, quien, a la saga de Nietzsche y casi sin proponérselo, como lo hacen los buenos navegantes que sencillamente se echan a la mar para evitar las falsas certezas de la tierra firme, nos enseñó que la filosofía es un viaje en el que se debe aprender a aparejar las velas de acuerdo al viento.

¡Cómo gustaba Pepe de la metáfora del navegante! Quizás porque creció en Valparaíso y en sus primeros años se embriagó de mar, de violín y de sueños de viajero. Allí, en los melancólicos bares de aquel puerto, ya de regreso en Chile después de una larga travesía, sus amigos tuvimos la suerte los últimos años de disfrutar de su generosa sonrisa, del timbre grave y abrazador de su voz y de la pausa entre sus palabras que, como los silencios con la música, iban convirtiendo sus frases en pensamiento vivo. Porque, aunque no fue capitán de una fragata, sí lo fue de muchos proyectos ligados al cultivo de la Filosofía, y se aventuró en muchas empresas que nacían con el signo del riesgo y de lo imposible, y soñó, y nos hizo soñar a muchos, y con él volvimos siempre a descubrir el sentido de la metáfora y del pensamiento que sólo se comprende si es vida, si es mujer, como sentenció Nietzsche. Conversador impenitente, con él jamás hubo un reloj que pudiera ponerle límites a un buen diálogo, o controlar un debate o indicar el fin de una encendida clase; tampoco su comienzo pues, como buen navegante, sus tiempos sólo obedecían a la voluntad de los vientos, de todos los vientos.

Fue así como muy pronto, recién obtenido su título como Profesor de Estado en Filosofía en la Universidad de Chile, emprendió un viaje en 1963 hacia la Universidad de Texas, Austin, USA, para realizar un Magister en Filosofía. Y no muchos años después, ya con el Grado de Magister, en mayo de 1971 enfiló su proa hacia Alemania para seguir estudios de Doctorado el que obtuvo en 1975

en la Ludwig-Maximilians-Universität de München. Entre tanto Chile había entrado en su noche más oscura y no fue mucho el tiempo que tardaron los turbios celadores de aquella oscuridad en exonerar de la universidad al entonces joven profesor José Jara. Fue cuando él, convencido que su hogar sólo podía ser la filosofía, emprende un nuevo viaje y, como muchos otros chilenos, en 1977 encuentra acogida en Venezuela. Allí en Caracas fueron por mucho tiempo los estudiantes de la Universidad Central los que tuvieron la suerte de asistir a las clases del profesor Jara y, posteriormente, también los de la Universidad Simón Bolívar, donde llegó a desempeñar el cargo de Jefe del Departamento de Filosofía. Allí hace amigos, escuela, escribe y publica mucho; por aquellos años comienza a traducir a Nietzsche, su gran pasión, y en su entorno nadie piensa que el viajero se eche nuevamente a la mar. Pero los buenos navegantes sólo esperan el viento y, cuando éste comenzó a soplar hacia el sur, en 1992 Pepe regresó a Chile, a su Valparaíso, a recuperar a los amigos y a formar nuevas generaciones de estudiantes de filosofía.

Mas el retorno a su puerto natal tampoco mitigó su sed de navegante. Sus reiteradas visitas a Francia, España, Brasil, México, Argentina, Colombia permitieron que su voz se extendiera a muchos oídos creciendo el reconocimiento allá donde fuera. Entusiasta organizador de coloquios, encuentros, congresos, la Red Iberoamericana Foucault y la Asociación Iberoamericana de Filosofía Política disfrutaron de su vitalidad y crecieron gracias a su aporte intelectual y a la fidelidad que mantuvo a sus pasiones. En Chile, la Universidad de Valparaíso, la Universidad Metropolitana de Ciencias de la Educación y la Universidad de Chile tuvieron el privilegio hasta hace pocos días, de contar con José Jara entre sus más destacados profesores e investigadores.

Lector infatigable de Nietzsche, lo enseñó, lo tradujo, nos lo hizo cercano y lo convirtió en parte de su estilo de vida. Si podemos decir de Pepe que vivió filosóficamente es porque convertía la fuerza de las metáforas de aquel pensador alemán en algo que se podía comprender y habitar. Difícil encontrar a alguien que pudiera hablarnos de Nietzsche con más alegría y con mayor salud. De esa pasión nace uno de sus libros más brillantes, *“Nietzsche, un pensador póstumo. El cuerpo como centro de gravedad”* (Anthropos, Barcelona, 1998), y de ese mismo fuego surge también la insuperable traducción de *“La ciencia Jovial”*, con introducción, epílogo y notas del traductor (Universidad de Valparaíso, Ed., 2013). Y no creemos equivocarnos al afirmar que el enorme y delicado conocimiento que tenía José Jara de la filosofía contemporánea, fundamentalmente en su vertiente francesa, en el que destacan pensadores como Foucault, Deleuze,

Derrida, Bataille, obedeció también a su pasión por Nietzsche y por los efectos de esa filosofía que nuestro amigo transformó en cuerpo y experiencia de vida. Por eso no es de extrañar que en más de una ocasión sus hijos se vieran presos de ciertos celos hacia aquel filósofo de los gruesos bigotes que por días raptaba toda la atención de su padre. Pepe, como todos le llamábamos con la fuerza que cogen los nombres cuando tienen la suerte de posarse sobre un verdadero carácter, ha sido, en el mundo de la filosofía, el profesor, el auténtico maestro, aquel que nunca escatimó una porción de su tiempo para volver a exponer aquello que le apasionaba, quien jamás respetó un horario si de hablar de filosofía iba el asunto, y quien nunca dudó en erigirse en un acogedor, aunque no indulgente, refugio para todo estudiante que padecía las verdaderas preguntas.

José Jara enseñó en las aulas de muchas universidades, pero también en las calles, en las salas de reuniones, en los consejos, en los pasillos, en los bares. Allí donde estuvo hizo oír su voz, siempre política, tranquila pero firme, incómoda para sus oponentes pero siempre hospitalaria, sólida en sus convicciones pero amable en los silencios. Buen polemista pero mal representante, prefirió siempre la conversación a la arenga, el hilo lento de las ideas bien pensadas a la velocidad de la proclama seductora; en otras palabras, fue siempre antes un filósofo que un candidato. Pero nada de eso lo sustrajo jamás de sus compromisos políticos y nunca nadie tuvo duda alguna de su posición. Eso lo convirtió en el mejor camarada, en un enorme compañero para construir proyectos y tejer sueños y en un depositario de múltiples confianzas. Será difícil seguir sin él e imposible encontrar a alguien que llene el vacío que ha dejado su partida.

Se ha ido una gran persona, el profesor Jara como lo llamaban con cariño los estudiantes más jóvenes entre los que hizo escuela y tejió redes de afecto. En el viaje que nos queda nos faltará siempre “*el Pepe*”, quien hizo de la conversación un arte sin límites, un jardín en el que habitar sin tiempo, sin restricciones, sin reglas como hubiese dicho él con la risa en sus ojos. Sí, la risa, aquella que Nietzsche ponía en boca del verdadero filósofo, del hombre superior, y que Pepe tuvo siempre a la mano; hasta en esos momentos que parecían reclamar la mayor seriedad, jamás renunció ni a la risa ni al baile, expresiones que sólo pueden darse en un cuerpo como centro de gravedad. Se nos ha ido un hombre sabio quien los muchos libros que leyó y enseñó, y las músicas que escuchó e interpretó (tocaba el violín y la flauta travesa) y los numerosos textos que pensó y escribió, nunca los usó para vestirse de erudición; para él eso era el simple fluir de la vida a la que, como Nietzsche, amó más que a nada. Pero sobre todo se ha marchado un amigo, mi amigo, y algunos ahora despertamos más solos que antes y se nos hace difícil encontrar ese *èthos* que él sabía envolver en palabras que nos permitían

concebir la filosofía como una promesa de viajero: *“Sobre el trasfondo del cúmulo de hechos y de acciones que atraviesan la historia de quien hace una promesa, es donde se encuentra ese estado duradero del alma, el éthos que la sostiene. Es éste el que también se expresa en la promesa, y que se emparenta con el temple del buen navegante que, tal como Nietzsche bosqueja su perfil, con las manos firmes sobre el timón, sabe que la distancia más corta entre dos puntos no se encuentra en la dirección preestablecida por la línea recta geoméricamente trazada sobre un mapa, sino en aquélla en que soplan los buenos vientos que inflan las velas de su navío.”* (“El éthos de la promesa”, José Jara, 2004).

Fernando Longás  
Universidad de Valladolid